

Víctor Manuel Cárdenas  
Micaela

UNA CONTRIBUCIÓN  
DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS  
A LA LECTURA Y AL APRECIO DE LA POESÍA



Premio Nacional de Poesía «Ramón López Velarde» 2007

*Jurado*

José María Espinasa, Dana Gelinas,

Eduardo Vázquez Martín

Víctor Manuel Cárdenas  
MICAELA

Coordinación General de Extensión Universitaria  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS



México, 2008

*Portada*  
TopTenTrío  
*Edición al cuidado de*  
María Isela Sánchez Valadez

*Micaela*

Primera edición, 2008

DR © Víctor Manuel Cárdenas  
DR © Universidad Autónoma de Zacatecas

ISBN: 978-968-5923-44-6

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,  
incluido el diseño tipográfico y de portada, por cualquier medio  
electrónico o mecánico, sin la autorización por escrito  
de la Universidad Autónoma de Zacatecas

Impreso y hecho en México *Printed and made in Mexico*

En memoria de Micaela y Gabriel.

A Marisol, a nuestros hijos.

Para Bertha Morales de Cárdenas,  
en sus primeros ochenta años.

Aquí estoy acompañado de testigos tuyos.

Darío Jaramillo Agudelo

Aquí estoy,  
celebrando tus primeros cien años.

Una tarde de agosto,  
con el azul de las hortensias,  
confesaste al punto de una lágrima:

*Dios se olvidó de mí.*

Olvidada del oído y del odio,  
no escuchaste  
mi respuesta:

*No es asunto de Dios,  
es tu constante*

*primavera...*

Sonrió,  
agradeció con besos la visita  
y nos regaló las galletas que le regalamos  
hacia  
treinta minutos:

*Las hice ayer por la tarde,  
ojalá les gusten.*

De niña de pueblo,  
hija de la tierra,  
subió ágil  
a joven de componendas.

No fraguaron las negociaciones  
de la hija ojoazul  
con el hacendado de enfrente.

Llegó la Revolución con sus armas  
y se ocultó  
debajo de la cama.

Sus once años se pierden  
en batallas interiores,  
en noches de espanto  
donde nadie sabe  
el cuándo ni el porqué.

En esos días  
    las sábanas eran remanso  
pero las sábanas no llegaron  
    por esos días.

Fue al río  
    y escuchó las campanas de Gabriel  
como quien la llamaba a misa.

La hizo feliz.

No se niega  
    a celebrar la victoria.

Vecina de la calma  
    y de la caridad,  
nieta del amor  
    y alejada del mar,  
Micaela centró su vida  
    en preguntas que inventaba.

Misteriosa y esquiva  
    —se convierte en sorda y mula  
cuando conviene—  
    es la sonrisa  
y circunstancia del afecto.



Parió seis hijos,  
vio nacer la luz  
en pequeñas naranjas,  
amó a su marido,  
lo gozó:

*Fueron veintisiete años*  
*y diez días*  
*de felicidad,*  
agradeció Gabriel  
tres horas antes  
de la agonía.

Micaela,  
hija de Florentino  
y Regina,  
nació el 2 de noviembre  
de 1905.

Hija mayor,  
además de nueve hermanos,  
vivió para Gabriel,  
boticario nacido  
en Zapotlán el Grande.

Diez años mayor,  
Gabriel  
fue un concierto mayor,  
ella protagonizó  
sus mejores aventuras.

Micaela y Gabriel  
bordaron en días de invierno  
un delirio terrenal  
de ciento diecisiete deseos.

Hijos,  
nietos,  
bisnietos,  
tataranietos,  
la prole sigue  
cubierta por su manto.

De Florentino Valencia Salazar  
heredó la parcela

*Enmedio de los Campos,*  
predio donde su hijo

Eduardo  
inició el rito de las multiplicaciones.

Con los años,  
Micaela vendió el terreno  
a Florentino Valencia Salazar,  
nieto homónimo  
del primero.

Con nuevas tierras y aguas

Micaela vive de sus rentas,  
de la cartera abierta de Eduardo,  
del amor de todos,  
aunque ya nos confunda.

De cincuenta años para arriba

todos somos Gabriel,  
y nos besa las manos con ternura.

De niña padeció la Revolución  
y el temor de Dios.

De joven padeció la cristiada  
y el temor de Dios.

La Revolución pasó,  
la cristiada pasó.

¿Y el temor de Dios?

El temor de Dios lo olvidó

cuando descubrió

que sería eterna.

Encerrada tras puertas y ventanas  
y con el calorón

a cuestras,

Micaela no piensa en los difuntos.

Sus hermanos y hermanas han muerto

pero ella sube

al ferrocarril

de la mano del esposo.

Van a Cuyutlán desde cuaresma

a instalar una botica,

van los jueves

al mercado de Zapotlán,

van a Cocula

para curar heridos

de la guerra.

Micaela vive en su juventud  
y sólo tiene ojos para él,  
quien la acaricia  
y la acompaña.

Por eso no abre la puerta:  
no vaya a ser que de nueva  
cuenta  
se muera Gabriel.

Micaela siempre está dispuesta  
para la foto.

Desde enero,  
vive para Navidad.

Sentada en su sillón de mando  
solicita regalos,  
relojes de buró y de pared,  
lámparas y baterías,  
galletas de abanico,  
pañuelos  
y una gama sin fin  
de inutilidades.

Entre la siesta y el sueño,  
a media tarde,  
etiqueta las bolsas familiares:  
para fulano esposa  
e hijos,  
para zutana esposo e hijos,  
para mengana...

Bolsas y paquetes se acumulan  
en el armario  
detrás de las fotografías  
donde sonrío  
la descendencia.

*Voy por los caminos del llano en llamas con una maleta de piel y Micaela embarazada. Se llamará Bertha, lo sé; tendrá dos hermanos muertos por la ausencia de sulfadiacina y tres hermanos distintos de manantial caudaloso. Bertha y la fortaleza; Gabriel y la calma contenida; Astrid, la sonrisa y la luz; Eduardo y la multiplicación de los panes. No te preocupes por tus hijos. Ellos y sus descendientes velarán por ti cada mañana.*

Cambiaste tu día,  
tu mes,  
te abrazaste a San Miguel  
y ganaste las batallas al dragón  
con la protección  
del arcángel.

Hoy el arcángel San Miguel  
te vino a comentar  
que tu esposo espera,  
pero tú le dijiste,  
fuera de dudas,  
que él está aquí,  
que a las seis de la tarde  
lo encierras en tu cama,  
que no hay prisa,  
que la muerte  
es asunto menor,  
que la vida  
es para siempre.

Micaela, Miguela,  
el nombre que nunca te gustó.  
No aceptaste nacer en 2 de noviembre  
porque no eras  
para celebrar muertos.

Elegiste el 29 de septiembre,  
día del Santo Patrón  
de Comala  
para que la muerte no te encontrara.

Lo dijo:

*Aunque tengas ochenta o cien,  
serás hermosa.*

Así es, abuelo,  
así es;

es más preciosa  
—y más violenta—  
que la primavera.

Nunca le gustaron las cuentas del rosario:

*Las oraciones repetitivas  
son más aburridas  
que la aburrición.*

A Micaela le gusta hablar con Dios,  
con los vivos  
y los muertos,  
con los santos,

Desconfía de las vírgenes  
porque la tierra  
es para arar.

Tenía en su habitación  
una bendición papal de Pío XII,  
pero cuando se enteró de Hitler,

Mussolini

y otras naves

el señor Giovanni Batista Montini  
desapareció en silencio.

Nunca habla mal de alguien;

lo que piensa o siente

lo dice en nuestra cara

aunque ofenda al inocente.

*Eso de rezar el rosario*

*¿de qué sirve?*

Mis hermanos han muerto.

Arturo se fue entre el tumulto  
de toros y vacas.

Agustín cambió su cáncer por capricornio  
y se echó

a reír.

Regina se resistió hasta lo último  
porque la vida

es bella  
y hay que vivirla.

Salvador huyó diciéndole piropos  
a las jóvenes

hermosas.

Adela sólo tuvo tiempo para ser feliz.

A los demás no los recuerdo,  
sus viajes fueron cortos,  
monótonos,  
de poca intensidad.

Fuimos familia de muchos,  
pero también de pocos,  
y selectos.

Somos más  
pero  
¿quién podría saber cuántos?

*Tres hijos se me han muerto; Sergio Gabriel, Elvia Concepción y Astrid. Los dos primeros, aún niños, de ley natural: no había sulfá. De Astrid quise saber poco. Vi su enfermedad y no la acepté; no soporté repetir el ocaso de Gabriel. A la mañana siguiente de la noticia del cáncer cerré todas las puertas y ventanas. No lo voy a repetir. Astrid está más viva que yo, estoy segura. Astrid está en Sergio, en sus hijos, sus yernos, sus nietos. Astrid está más viva que yo. Bendigo su permanente alegría. Astrid no ha muerto. Se equivocó Dios.*

*Amis cien años tejo con gancho y vendo mis creaciones. Leo los periódicos sin lentes pero ya me enfada tanta politiquería, tantas guerras y tantas policiacas. El mundo sería otro con las mujeres tejiendo. Desde Penélope hasta mí tejer es lo importante. Los hombres suben, bajan, se golpean; son chivos de corral o de campo; se creen muy hombres. Basta un hilo para desfigurar sus triunfos. Las miradas de los presidentes en las páginas de hoy me lo confirman. Tejer, danzar con hilo hasta construir un botón, una flor, unir una flor a otra, otra, otra... Ah, hice maravillas, manteles, colchas, cortinas. Toda mi historia está en los hilos donde comen y duermen quienes creen que los manejan. Los hilos los tenemos mi gancho y yo. Sigo tejiendo lo que habrá que destejer mañana.*

Contra la panela y el queso,  
a Micaela le gustan  
las comidas dulces:  
sopa de pan,  
cuachala,  
enchiladas con almendras y pasas,  
tamales blancos con ate,  
atole de vainilla y canela,

café de olla con piloncillo,  
lengua de res en salsa  
de almendra,  
tatemado con jugo de naranja y pasas...  
Toda una ruta  
a la santidad  
desde la cocina de Santa Micaela,  
Patrona de Comala,  
Alma de Dios,  
niña de cien siglos  
en la suma de su descendencia.

(Cuando Micaela leyó que la declaraba Santa, me reclamó: *No creas en los santos que mean y cagan*).

Todas las ocasiones que se ofreció  
a cuidar

a los nietos  
huyó  
antes de los tres días.

*Son un enjambre de libertinos,  
no llegan antes  
de las diez,  
los cual más alcahuetes el uno del otro;  
no les halagan*

*mis comidas;  
no se levantan a misa de ocho,  
y pasean en calzones  
entre habitación y habitación.*

*Ya los veré casados.*

*Hoy son relingos.*

*Mejor los espero en casa.*

*En cambio, mis nietas,*

*ah, mis bisnietas,*

*son hermosas y sensatas,*

*el latir de mi corazón,*

*con sus pétalos*

*tejo con mi gancho un bosque*

*de flores*

*que siempre me acompaña.*

Micaela regresó a su infancia  
y se encerró con ella  
en el cuarto:

*No necesito de nadie para ser feliz,*

se dijo frente al espejo de luna.

Prendió una veladora,

se echó a dormir,

soltó dos o cuatro flatulencias

y soñó

al primer y único hombre

que le acarició las piernas.



Ayer fuimos a Comala a visitar a Mamá Mica.

Perdió las fronteras

pero encontró el día.

Es un pajarito que escuchó

el Sermón de la Montaña

en la propia voz de Jesús.

Soy ateo, gracias a Dios,

pero ella fundió en cien años

rezos,

mangaslargas,

faldas al tobillo,

tamales,

misas,

cenadurías

y la confesión más íntima

frente al confesor:

*Confieso, padre,*

*que no he pecado.*

Fuera de ollas y cazuelas.

Además del relincho,

el cacareo,

el mugido

y el viento entre las ramas,

nunca escuché música

en casa de la abuela.

Alguna vez la descubrí cantando

*Solamente una vez...*

y eso era cierto.

¿Por qué apagó la radio

con la muerte del abuelo?

Sólo el viento  
entre las ramas de la lima,  
el nance,  
el limón,  
el mango,  
la guayaba-fresa.  
Sólo el silencio de las tres  
de la tarde  
para el *Yo pecador*;  
sólo la música terrenal  
de las luciérnagas  
y el zumbido de mis tumbos  
en el pastizal  
correteando a mi prima Águeda.  
No era sinfónico el lugar.  
Era una sonata de olores,  
de viento  
entre las ramas.

Ella no habla del mar porque no lo conocía.  
Ella es de inciensos,  
de misas,  
de cuajos  
y de quesos.  
El mar llegó a ella con Gabriel,  
lo conoció  
a los veintitrés años,  
sin deslindar la frontera  
entre la marea y la tierra.

El barro de Gabriel  
fue de oleaje profundo,  
su mástil la condujo  
donde las llamas del sol  
se refugian en la noche.

*El mar va y viene —dijo ella—:*

*la tierra, aunque*

*se mueva,  
aquí está.*

*Amanecimos con ceniza, sí, fue en abril de 1913. Yo no cumplía los nueve pero fue igual. Dijeron bueno para la siembra, dijeron va a temblar, dijeron vamos a misa, dijeron no va a llover, dijeron vámonos... Llegó solita la Revolución; mataron al señor Madero en tragedia que supimos después, cuando de otras cenizas no nos enterábamos nosotros... Las noticias no son nuestras, las traían el telégrafo, el tren, el teléfono, después la radio y la televisión... De la gran erupción de 1913 apenas conocí hace poco algunas fotografías. Los estruendos del 2005 no me interesan: mi volcán ya pasó. En Gabriel provoco su ceniza y su lava.*

*Cuando nos casamos el templo de San Miguel no tenía techos ni cúpula. La nave era abierta al aire y al día. Mi vestido era de gasa, de lino, de organdí. Una diadema de azahares sobre mi pelo. Cuando llegué al templo la catedral de Gabriel dejó una sonrisa leve en mis ojos. Gabriel es una hoja delgada del tamaño de un as. Mi vestido llegaba a la media pierna. Él se comió con ternura la otra mitad. Yo supe que le pertenecía cuando ya sólo a él le pertenecía. El cura de Comala me amonestó y yo fui a la tumba del Padre Vizcaíno a explicarle algunas cosas de este mundo. Me escuchó sin rezar.*

*El Padre Vizcaíno, enterrado en el atrio de la Parroquia de San Miguel del Espíritu Santo, es el tío de Juan, el jovencito aquel que conoció a Susana, una flaca escurridiza de pelo largo y senos con tetilla de cereza. Susana, menor que yo, cambió el ritmo de los vientos o no sé si los vientos los trajo aquel Juan, un paliducho torpe y distraído. Que mataron a su padre y a su abuelo, que nadie aquí murió, que nada de nada, sólo la Susana esquiva y Juan que se perdía en medio del río y de la noche. Micaela supo de Juan y de Susana poco después del amanecer, cuando las nubes eran altas y los ojos de Gabriel se le vinieron encima.*

*Entonces, hijo, conocí al doctor Nandino. Guapo el  
Elías aquel; le montaba sus ojos a mi hombre. «Si no  
fuera por las batallas —me lo dijo muchos años  
después— me lo cocino». Fueron días de sangre,  
pólvora, gritos sin remediar, ataques de no se sabe por  
dónde. Los heridos llegaban como moscas de julio y  
eran de los dos, los tres, los ¿cuántos bandos?... A nadie  
le deseo la guerra, hijo, es mejor una flor en el banco  
de nadie... No les creas a los bancos, por favor, ten fe  
en las bancas; las de los parques.*

En el jardín de la infancia  
ir a Comala  
era llegar al paraíso.

Verde por fuera y por dentro,  
las ramas de sus ríos  
tejían árboles de agua.

Hoy escapo de la doctrina  
y me desnudo  
en el río San Juan.

Veo la luz  
de las cinco de la tarde entre los árboles  
con once años de orfandad,  
pero mi padre murió  
hace dos semanas.

Recuerdo a Micaela  
y a Gabriel,  
duermo recién nacido  
en sus brazos,  
encuentro el cobijo  
en el agua que fluye.

Yo estaba de meses  
pero lo huelo,  
lo palpo,  
lo recuerdo.

A las siete de la tarde en punto,  
cuando se conecta  
la corriente eléctrica,  
Gabriel enciende la radio  
para escuchar los avances  
de la Guerra Mundial.

No importa el cielo de la tarde  
cuando la fábrica  
del miedo  
amaga la propia intimidad.

Es imposible amar  
cuando la guerra arrasa,  
cuando ronda la noche  
en el delirio del sueño  
y la permanencia del zumbido  
es un eco  
que permea en los huesos.

Gabriel comentó a los contertulios  
que la guerra

llegará a su fin  
sólo cuando la guerra  
destruya su nido:

*Pesimista no soy,  
pero hasta aquí llegan  
los efectos de la desgracia.*

No supo descubrir Gabriel  
si fue peor la guerra

en puerta  
o lejos.

Del 26 al 29 fueron años de heridos,  
agónicos

y muertos  
en sus manos.

Se refugiaba en Micaela  
y en los ojos  
de su hija Bertha.

Después de las batallas,  
tres o cuatro días después,

llegaba a casa  
y Cocula era un país  
donde la caricia reconciliaba.

Un baño,  
un tequila,  
los brazos del amor.

Eso no lo permitió  
la lejana Guerra Mundial,  
una jornada que lo tenía pendiente  
desde las siete  
de la tarde.

El pasmo,  
ahora,  
era mayor;  
su hermano y su primo peleaban en Oriente,  
de cabeza el mundo  
sin saber para qué.

Un día después de la bomba  
Comala se vistió  
de silencio.

Gabriel apagó la radio  
y compartió con las visitas:

*Tanta perversidad no puede ser, hoy se pierden las  
batallas hombre a hombre y nuestra sobrevivencia  
pertenece a un tablero oculto. Somos un número, un  
garabato sin rumbo, un grano de arena en la memoria  
de nadie.*

Seis años después  
descubrieron el cáncer  
en Gabriel.

Murió a los cincuenta y nueve  
en la botica de Comala;

corría el 1953.

Era Viernes Santo.

Expiró

a las tres de la tarde.

Micaela pidió que la dejaran sola con el difunto.

Cerró la habitación

y desnudó al marido.

Lavó sangre, sudor y lágrimas del rostro,

espalda

y pecho.

Llegó al bajo vientre

y suspiró

ungüentos y perfumes.

Besó la frente  
y los labios de Gabriel,  
más delgado que nunca.  
Acarició su fuego azul,  
tembló en sus adentros  
y bendijo el olor  
que aún la persigue.

Después lo cubrió  
con sábanas de lino.  
En el ataúd  
no permitió  
que nadie lo viera.

La abuela vida,  
la madre vida,  
la viuda de la muerte.

Bisabuela,  
tatarabuela.

Hijos,  
nietos,  
bisnietos  
y tataranietos,  
todos la vemos volar.

La magia de sus labios  
dibuja canciones  
en nuestras manos.

Bailó poco en su vida  
y su tocata mayor  
después de la pérdida  
sería su único viaje en avión.

Los hagiógrafos deberán abrir  
las puertas  
de la memoria  
para leer los acordes  
de sobrevolar  
la Ciudad de México  
una noche  
de tórridos incendios.

Ante el espectáculo de luces,  
más allá de los nidos  
y las nubes,  
la nave pez  
la llevó a Gabriel  
y la sensación del descenso  
fue un temblor,  
un ascenso a la gloria  
que había olvidado.

Micaela recuerda ese día,  
esa noche,  
como la resurrección.

Micaela no ve las nubes  
sino el vuelo de las moscas.

*Hoy va a llover,  
y fuerte.*

Retira la ropa de los tendedores,  
cierra las ventanas,  
reúne a sus nietos  
en la habitación central  
y repite,

al vaivén de la mecedora,  
la misma historia:

*San Cayeta no era santo  
comía como bestia  
dormía sobre una vieja ruda  
cama de madera...\**

Amparados por su bendición,  
dormíamos bajo  
la lluvia.

\* («San Cayetano era santo/ dormía como vestía/ dormía sobre  
una vieja/ ruda cama de madera»).

*Querida hija Bertha:*

*Metí esta carta en tu maleta de viaje porque algo tengo  
que decir el día de tu boda y no he podido. Yo no nací  
para las palabras, sólo me enseñaron a hacer y aceptar.  
A veces hablo y hablo y no sé ni lo que digo. Tu padre  
ha sido generoso conmigo, ha sido un gran sol. Te deseo  
una vida intensa, no puedo pedir más. Tu marido es un  
hombre en circunstancias difíciles. Ámalo; y no te  
entrometas en sus cuitas de familia desolada. Tus hijos  
lo agradecerán y serás recompensada. Te quiere: tu  
mamá.*

*En las madrugadas, cuando llueve, el silencio entra en mi cama. Todo lo cubren la lluvia, el silencio en la noche de Comala y la cama que compartí con Gabriel. Él respetó la sábana nupcial bordada por Mamá Luisa. Lino y algodón. La erupción de los nardos le dijo adiós a los cándidos azahares. Gabriel tenía la fuerza de un caballo en las manos, en los ojos, en su vértigo central. Dos días después, al bajar del tren en Guadalajara, me pidió la desnudez con un beso en los ojos y otro en el bosque de la madrugada. Cuando llueve, el silencio entra en mi cama.*

Muy querido tío Eduardo:

Disculpa que me meta en lo que sí me importa. Me dicen que por niveles, drenajes y no sé qué otros asuntos, deseas remodelar la habitación de Mamá Mica. Yo creo que es como bombardear su mundo. El cuarto de Mamá Mica es su isla, su refugio, su asidero. Yo escribo un libro sobre ella y su cuarto, su botica, su Gabriel, su escondite, su baño, su cama y sus fuertes olores. Su habitación es su vida; es ahí donde ella se mueve y arroja. Nada pasará si nada pasa. De lo contrario, el riesgo de la desubicación será de todos. Dejemos su mundo como es: no pongamos tentación a las angustias y menos a las cóleras. Lleguemos a la fiesta en paz.

Las fiestas del centenario  
han sido un auténtico  
recuento.

Bertha sufre por el número de invitados  
como si ella  
fuese  
la que pagara la cuenta.

Gabriel hijo camina de aquí para allá  
con la sabiduría  
de su padre  
en los bolsillos.

Eduardo celebra y celebra  
con cada nuevo invitado  
y el sitio del festejo  
es cada día más amplio.

Los veintiocho nietos  
andan como locos  
buscando las cenizas de Jorge  
—el único nieto  
muerto—  
para traerlo al festejo.

Los hijos de los hijos de los hijos  
más las hijas  
de las hijas de las hijas  
están frente a los espejos  
con aretes,  
collares,  
camisas  
y pantalones nuevos.

Micaela pidió,  
al fin,  
que le cocieran el desgarre  
de su oreja izquierda,  
quiere presumir  
las perlas que le regaló Gabriel  
en sus primeros  
veinticinco años.

El amor entre dos, el darse el uno al otro durante tantos años, las caricias que son nuevas cada día, el temblor de la piel entre uno y otro, mi lengua en tu oído, en tu cuello, en tu lengua, la mano que toca el pie y sube al tallo y toca la raíz, la raíz que descubre el muslo hasta llegar al centro de la tierra, el ay que cruje desde tu más severa intimidad, la marea dibujada por mi mástil, la tormenta tropical de sudores y brazos, el perfil de la encrespada ola, el llanto, el dolor, el placer, la nave abierta, los aceites, el arado excepcional, la siembra, la lujuria íntima que no conoce los sinsabores del pecado.

*La Semana Santa de 1944 descubrí sin distingos a El Cazador. Al caminar por la playa, mi hija Bertha despertaba los sueños de El Cazador. Yo los veía de lejos; ella no veía mis ojos ni los de El Cazador. Mi hija abría sus alas al sol o al mar —era la tarde—; El Cazador respiraba profundo. El Cazador hizo mutis cuando la sonrisa le fue correspondida porque llegó El Gladiador con mariachi y tambora. Con labia, circo y buen porte El Gladiador ganó. Al concluir apenas la Segunda Guerra, El Gladiador y Bertha celebraron las nupcias. Comenzó el mismo día la tormenta, un ciclón de encuentros desencuentros en una nuez de diecisiete años. Sesenta y seis años después de aquella Semana Santa, El Cazador reapareció con un ramo de rosas para mi hija.*

El día del secuestro de su hijo  
Micaela enloqueció.

A piedra y lodo  
los muros de su casa  
se elevaron.

El zaguán no se ha vuelto abrir  
desde aquel azote  
innombrable.

El curso de las aguas  
y los vientos  
cambiaron para Micaela.

*Es de extraños el mundo,  
es de salvajes:  
no volveré a salir  
y cortaré mis trenzas  
en señal  
de luto  
permanente.*

Poco se le ha visto ya  
por las calles de Comala;  
prefiere las dulces heridas  
de la memoria,  
el olor de la hierba buena,  
la voz del esposo  
en el humo  
de la cocina.

*De niña soñé con múltiples abejas, algunas suaves  
como la miel, otras con aguijón de muerto en vida.  
Recuerdo colores fijos como el verdeazul de Mamá  
Luisa, la indomable y negra montaña de Mamá  
Concepción con sus ojos de flama, con sus cuellos  
blancos para aminorar tormentas. Mi abuelo enamorado  
de la vida se entregó al amanecer de las doncellas. Mi  
padre cubrió el oro de su infancia con el corazón de la  
eterna juventud, ese firme girasol donde mi estatua no  
ha sido demolida. Es curioso: a mis cien años, me  
descubro Micaela, arcángela de mis dichas, rui señor  
de mis fronteras.*

Las fiestas han sido un fulgor  
con diversos oleajes  
en las hierbas del insomnio.

Las fotografías se barajan  
en los centros de mesa  
y el recuento tiene fechas:

Aquí a los quince años  
con un ramo de violetas;

en esta otra  
la boda con Gabriel;

acá,  
con su primera hija;

allá,  
antes de entrar a misa;

ahora la vemos  
tejiendo el mar  
en un barco  
de chambritas.

Hoy,  
borrosa y multiplicada,  
las fotos caen,  
todos tus años  
se nos vienen encima.

La voz de las hortensias  
es una orquídea vertical,  
mira por favor  
cómo escudriñamos en tu historia.

¿Con qué brújula crees  
que podamos navegar  
entre tus días?

Nada invita a la muerte de Micaela.

Ella no escucha el amanecer  
y mucho menos  
el ocaso.

Su respiración es fluida  
como río  
y su corazón  
es el de un pájaro  
después de las grandes lluvias.

Sorda sí está,  
lo sabemos,  
pero no disputa presagios.

Vive  
en la vera que cuida,  
en el sendero de la azalea  
que no muere  
en su nombre.

Su mesa es una ofrenda  
de arrayanes;  
el agua en sus ojos  
es un anzuelo  
para la memoria.

Ella es  
la creadora del mundo.

*De nada culpes a los astros, hijo. Venimos de allá y  
hasta aquí llegamos. El después, si existe, será.*



Pocas veces miró al cielo  
y no conoció desiertos.

Titilan en sus ojos  
las luciérnagas de septiembre,  
las golondrinas de agosto,  
las manzanas  
de noviembre,  
los duraznos de julio  
y las cañas,  
limas,  
jícamas y pastorelas  
de diciembre.

Ve más a la tierra que al mar,  
vive en su casa,

esa arena  
donde el miedo  
se aparece  
y la desconfianza pega gritos.

Que nada invada  
sus fatigas  
con Gabriel.

Después de la botana y la cerveza  
llegó el borrego  
en piña,  
los frijoles con elote,  
el tequila,  
los acuerdos.

Bertha Alicia abrió el libro de actas  
y la sesión  
del cabildo  
fue una ráfaga:  
local, música y alimentos  
para Eduardo y Gabriel;  
bebidas, manteles, mesas,  
sillas y botanas  
para nietos y nietas.  
Rezos y traiciones  
para nadie.

Olores de jazmín para todos.  
Fantasmas y escalofríos  
no serán permitidos.  
La música estará cubierta  
de violines  
más lo que la lluvia diga.  
La sesión del cabildo  
se declaró permanente  
hasta el día  
de la fiesta.

Faltan  
quince días  
y para Micaela  
eso es la eternidad.

*Vi cosas horribles en mi vida; escuché otras peores: asesinatos, traiciones, inventos para la muerte, bombas de no sé cuantas categorías y las violaciones. Violar en el siglo XX fue una inhumanidad atroz. La violación, hijo, es peor que el crimen. Si yo te contara lo que sé, si supieras por qué me refugio, no me preguntarías por nadie, porque pocos existen sin cola que les pisen. Violación y muerte merecen las mujeres por obtener empleo, hazme favor ¿habráse visto? De la guerra a la invasión y de la muerte a la tregua o la derrota sólo el esperpento es cierto. Somos un planisferio de todos contra todos. Mejor ofrézcame un café con leche, un trozo de ate de membrillo, cierra la puerta, dame un beso y adiós...*

*Me llamo Micaela por disposición. Me hubiera gustado Reina o Regina, que es lo mismo; Adela o Ladegabriel, un nombre raro pero mío; Agustina para sentirme así; María de Jesús nunca, quizás sólo María. Carmen hubiera estado bien; Estela luminosidad nocturna; Rosario no, por favor; Consuelo de día y de noche; Esther, la que siempre teje; Blanca, Azucena, Ángela. El nombre que se me ofrece con los años y oficia conmigo es el de Reina, Regina. Todos frente a mí expían sus culpas, desbordan sus sonrisas. Súbditos de mi reino. Yo los saludo.*



Al despertar se le avecinan los gladiolos  
pasados de moda:

                  rojos,  
                  blancos,  
amarillos.

                  A la hora de comer  
platica con los mirtos.

                  Por la noche,  
antes de dormir,  
                  el aroma de los nardos  
la regresa al corazón  
                  de los azahares.

La hueledenoch  
                  vigila sus sueños.

Poco a poco  
                  sus manos  
se pueblan de lunares:

*Son las flores de la edad,  
                  los rubíes del tiempo,*  
responde a los bisnietos.

Los tataranietos ven sus ojos de agua  
                  y preguntan

                  por la piel,  
sus pies regordetes,  
                  recién salidos del horno,  
su pañuelo de género  
                  en la bolsa derecha  
de su abrigo.

Ella da respuesta  
a cada una de las sombras  
y con los años de la infancia  
ellos corren  
sin ninguna duda a cuestas.

Ni ellos ni ella  
saben sus nombres,  
los unen otros destellos,  
otros panales,  
otra complicidad.

Son iguales  
en sus continuos  
desfiguros.

Las fiestas del pueblo  
son paralelas  
a sus fiestas.

Ya no sabemos si el volantín  
es una metáfora circular  
donde cada uno toma  
su sitio en la danza.

La rueda de la fortuna  
nos permite inventar  
caseríos y parroquia  
desde otra alta ignorancia.

La misa principal  
une las dos fiestas  
para regocijo de todos  
y se instalan pantallas  
para ver y oír  
lo que San Miguel no verá nunca  
y Micaela jamás escuchará.

*La imaginación es más intensa*

*que la realidad,*

pensó Micaela

antes del 11 de septiembre,

antes de Irak,

antes de *Katrina*.

Micaela no registró esas tormentas

que nadie

pudo imaginar.

La realidad

mata la imaginación.

Eso ya no lo supo

Micaela.

Después de la ceremonia

con los debidos respetos

a San Miguel y a Santa Micaela,

en salones y terrazas

abre la fiesta.

Regalos,

botanas,

carnitas,

carnes asadas y moles;

cerveza,

botellas,

mariachi...

Tres horas después

de tantos abrazos

Micaela

regresa a su habitación;



No todo es inútil.

Dormir quince horas diarias  
permite a los demás  
que trabajen por la abuela.

Recibir visitas  
facilita a los bisnietos  
platicar sin ton ni son  
para la alegría de todos.

Los domingos son buen día  
para que los tataranietos  
practiquen gracias  
y declamaciones.

Micaela goza  
las cuerdas de su himno  
e interpreta libremente  
cada uno de los números.

Aunque no escucha,  
el silencio no es su fuerte.  
Ella dicta el libreto  
a la película que ve.

*Aquella que fui aquí se encuentra todavía. El cuerpo se marchita, se encoge de tanta luz acumulada. Los días no pasan, se quedan, crecen como la humedad, anidan en vivos y fantasmas que no ha podido devorar la tierra. Mis padres Florentino y Regina aquí están; Mamá Luisa aquí está; mis hermanos, mis hijos, están aquí; el río San Juan y el río de La Barragana están aquí; Gabriel escucha la radio; en esta habitación nadie está muerto. Si los muertos existen son los de allá, los de lejos, los condenados por la guerra.*

*Micaela: hace cien años sólo tú estabas aquí. Acompañados de testigos tuyos, debemos exponerte un acuerdo tomado en conjunto: hemos elaborado la lista de regalos que hoy te ofrecemos, no vaya a ser que te equivoques y entregues al donante su propio obsequio. Pero también sabemos —por experiencia— que fuera de ti sólo existimos por tus sueños.*

Señora de la Noche: protege a Micaela de la soledad que desconoce; que por su sombra no crucen más los ríos funestos de la Revolución, el eclipse de los templos cerrados, las furias del secuestro de su hijo. De sus muertos ella se permite depositarlos aquí y allá, en la habitación de sus entrañas. Tú vigila, por favor, dale la gracia de no padecer el infierno que hemos construido y habitamos. Todos te lo pedimos, Señora de la Noche: déjala soñar.

*No vas a morir. Tu cuerpo de parota cada año florecerá en la luz intensa de las primaveras. Déjame escuchar tu corazón de niña tierna; deja que mis manos acaricien tu piel, tu rostro, tu pelo abierto y destrenzado; deja que mis ojos dibujen el mar infinito de tus ojos. Soy Gabriel, Micaela: no descanses en paz.*

## Índice

- Aquí estoy, 11  
De niña de pueblo, 13  
Vecina de la calma, 15  
Micaela, hija de Florentino, 17  
De Florentino Valencia, 19  
De niña padeció, 21  
Encerrada tras puertas, 23  
Micaela siempre, 25  
*Voy por los caminos*, 27  
Micaela, Miguela, 28  
Lo dijo, 30  
Nunca le gustaron, 31

Mis hermanos, 33  
*Tres hijos*, 35  
*A mis cien años*, 36  
Contra la panela y el queso, 37  
Todas las ocasiones, 39  
Micaela regresó, 41  
*Después de los muchos años*, 43  
Ayer fuimos a Comala, 44  
Fuera de ollas y cazuelas, 45  
Ella no habla del mar, 47  
*Amanecemos con ceniza*, 49  
*Cuando nos casamos*, 50  
*El Padre Vizcaíno*, 51  
*Entonces, hijo*, 52  
En el jardín de la infancia, 53  
A las siete de la tarde, 55  
No supo descubrir Gabriel, 57  
Un día después de la bomba, 59  
Micaela pidió que la dejaran, 61  
La abuela vida, 63  
Micaela no ve las nubes, 65  
*Querida hija Bertha*, 67  
*En las madrugadas*, 68  
Muy querido tío Eduardo, 69

Las fiestas del centenario, 70  
El amor entre dos, 72  
*La Semana Santa*, 73  
El día del secuestro, 74  
*De niña soñé*, 76  
Las fiestas han sido, 77  
Nada invita a la muerte, 79  
*De nada culpes*, 81  
Tras el diagnóstico, 82  
Pocas veces miró al cielo, 84  
Después de la botana, 86  
*Vi cosas horribles*, 88  
*Me llamo Micaela por disposición*, 89  
Cuando todos los presentes, 90  
A pesar del bosque, 91  
Poco a poco sus manos, 93  
Las fiestas del pueblo, 95  
Después de la ceremonia, 97  
*Nada sobra, hijo*, 99  
No todo es inútil, 100  
*Aquella que fui*, 102  
Micaela, 103  
Señora de la Noche, 104  
*No vas a morir*, 105

*Micaela*

Segundo semestre de 2008

*Impresión*

Formación Gráfica, SA de CV

Matamoros 112

Colonia Raúl Romero

57630 Ciudad Nezahualcóyotl

Estado de México

*Producción*

Dosfilos editores, SA de CV

Callejón del Capulín 202

98000 Zacatecas

Zacatecas

Mil ejemplares más sobrantes

Premio Nacional de Poesía  
«Ramón López Velarde» 2007

Universidad Autónoma de Zacatecas